

El avance del desierto y el modo de vida imperial. Representaciones de la desertificación de la zona cuyana de Guanacache

The advance of the desert and the imperial way of life. Representations of the desertification of the Cuyo region Guanacache

*Jimena Néspolo*¹
FFyL-UBA/CONICET

Resumen

Ulrich Brand y Markus Wissen señalan que a partir del proceso de colonización del siglo XVI se impone un modelo de productividad, que define un “modo de vida imperial”, en el marco del acaparamiento capitalista, de tierras y recursos. En esta presentación se analizan distintas obras ficcionales y gráficas que abordan el problema de la desertificación de la región cuyana de Guanacache, un espacio que entre los siglos XVI y XIX fue de tránsito andino y de pasaje entre las ciudades de Mendoza, San Juan y San Luis. El avance del desierto, la sequía y la hambruna sobre este natural sistema acuífero donde se fueron replegando las comunidades indígenas que huían del dominio colonial es el gran tema articulador de la novela de Mercedes Araujo, *La hija de la cabra* (2012). Este texto desmenuza su construcción formal y el modo en que se emparenta con las ficciones de Antonio Di Benedetto y Juan Draghi Lucero, y también con la serie “Vestigios Huarpes” del artista plástico Fidel Roig Matóns.

Palabras clave: colonización; representaciones; desierto; extractivismo

Abstract

Ulrich Brand and Markus Wissen point out that from the colonization process of the 16th century, a model of productivity is imposed, which defines an “imperial way of life”, within the framework of capitalist hoarding of land and resources. This presentation analyzes different works that’s address the problem of desertification in the region of Guanacache (Cuyo, Argentina), a space that in the 16th and 19th centuries was an andean path between the cities of Mendoza, San Juan and San Luis. The advance of the desert, the drought and the famine on this once natural aquifer system where exiled indigenous communities survived, is the great articulating theme of Mercedes Araujo’s novel, *The daughter of the goat* (2021). Also, this text analyzes its formal construction and the way in which it is related to the fictions of Antonio Di Benedetto and Juan Draghi Lucero, and with the series “Vestigios Huarpes” of the painter Fidel Roig Matóns.

Keywords: colonization; representations; desert; extractivism

En el siglo XVI, a partir del proceso de colonización por el cual cada vez más espacios fueron puestos en valor en el marco del acaparamiento capitalista de tierras, se impone

¹ Una primera versión de este trabajo fue leída en las XXXIV Jornadas de Investigación del ILH, realizadas del 4 al 8 de abril de 2022 en el Centro Cultural Paco Urondo.

progresivamente en Occidente un “modo de vida imperial” que implosiona en el presente. Ulrich Brand y Markus Wissen señalan, en *Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo* (2021), que un modelo de productividad y bienestar se desarrolla desde entonces a partir del ordenamiento mundial de recursos, impuesto mediante el uso o la amenaza violenta, que fue asegurado primero por España y Portugal, y luego por el capitalismo mercantil dominado por Holanda y las demás metrópolis. En las colonias latinoamericanas, el emergente modo de vida imperial marcaba las relaciones sociales y los modos de relacionarse con la naturaleza: “El sistema del extractivismo de recursos que existe hasta hoy fue establecido en esa época” (2021, p. 107), asegurando lo que el experto en teoría del desarrollo André Gunder Frank denominó el “desarrollo del subdesarrollo” (Frank, 1970), donde las sociedades resultan al fin dominadas por los propietarios de las plantaciones y minas, las administraciones coloniales, la burguesía mercantil y la nobleza. A partir de mediados del siglo XVI, oro y plata, y productos agrarios como café, azúcar y tabaco fueron drenando a Europa por medio de la mano de obra esclava, el saqueo y el acaparamiento de tierras y de recursos.

Desde el punto de vista ideológico, la explotación colonial fue, además, justificada con el argumento racista de una supuesta ‘misión’ para civilizar. Lo natural fue considerado algo ‘salvaje’ que había que ‘domesticar’. Las diversas formas culturales y económicas de los pueblos indígenas fueron negadas y en parte destruidas. (Brand y Wissen, 2021, p. 107)

En *Imperio kitsch. Ornamento y cultura en el cambio de milenio* (2020) he analizado cómo ese ordenamiento se proyecta, durante el siglo XX, en la cotidianidad de las personas, a través de estructuras y superestructuras sociales e ideológicas que erigen a la mercancía y el consumo kitsch en un horizonte que se impone como único y oblitera las condiciones sociales y ecológicas de producción y consumo predominantes, tras una capciosa noción de *belleza y felicidad*. Las relaciones de dominio, inmersas en la circulación global de mercancías, redimensiona así la dependencia neocolonial Norte-Sur (en las relaciones entre clases y géneros y a través de relaciones racializadas en las prácticas de consumo y producción), normalizando fenómenos culturales que retroalimentan la hegemonía simbólica de los poderes económicos. En este orden de cosas, es posible observar los desarrollos estructurales y las diversas prácticas de vida que se consolidaron e implosionaron en el cambio de milenio, sobre los vestigios de otros modos de relacionarse con la naturaleza y los recursos fenecidos tiempo atrás.

El sistema lagunar de Guanacache, ubicado en el corazón cuyano, en el límite de las actuales provincias argentinas de San Juan, Mendoza y San Luis, se ofrece como rico reservorio de microhistorias que son el negativo de ese modo de vida imperial: zona de repliegue de las

comunidades indígenas, en huida de los sistemas de encomienda y mitazgo² durante los siglos XVII y XVIII, de una gran riqueza natural que progresivamente el sistema extractivista fue desertificando para ofrecer al fin, en el siglo XX, el paisaje definitivo de la pobreza, donde lo indígena se ofrece como predicado de hambre y certifica el orden de lo existente. *La hija de la cabra*, la novela de la mendocina Mercedes Araujo publicada por la editorial Bajo La Luna en 2012, pasó en su momento bastante inadvertida. Sin embargo, a partir de sus páginas se puede tentar una reflexión sobre dos escenarios fundamentales del presente: por un lado, un estado o deber ser de la literatura argentina –es decir, una matriz sobre lo que se considera literatura y lo que no, ideologemas más o menos explícitos que configuran el “campo de lectura” (Néspolo, 2014)– y, por otro, una preocupación de carácter –podríamos decir– socioambiental centrada en esa región que, entre los siglos XVI y XIX, fue de tránsito andino y de pasaje entre las ciudades cuyanas.

Puntualmente, la ficción se abre con dos epígrafes: el primero, tomado de la novela *Eisejuaz* (1971), de Sara Gallardo, y el segundo, de *Zama* (1956), de Antonio Di Benedetto.³ Dos epígrafes que remiten a dos textos clave de la literatura argentina, donde el extrañamiento sobre el lenguaje se constituye en su misma condición de posibilidad. Dos epígrafes que delatan la ambición estilística del texto, y también el arco temático sobre el que se proyecta: misticismo, desierto y la extinción de lo indígena como matriz comunitaria frente a un mundo que se vuelve cada vez más amenazante y que los sujetos no llegan a comprender.

La trama se inicia así: un forastero mata a su mujer para vengar una traición, y huye hacia la frontera habitada por los “laguneros”, en donde entra en amoríos con la hija del cacique, llamada Juana o “la hija de la Cabra”, remedo de “la hija de la loca”: “Si te metí a sufrir es porque con esto se conserva el mundo. Yo soy el padre, Juana. Y vos, contrera, cabra. – Cunampas calla. Cabra, no quiso decirlo. La madre, loca, vituperada, la toleró, buscó la muerte, la encontró gimiendo” (Araujo, 2012, p. 32). Femenidad, locura, traición forman –desde luego– el campo semántico desde donde se dibuja el protagonismo femenino, en tanto subjetividad

² En tiempos de la colonia, el mitazgo era un sistema de trabajo forzado al que eran sometidos los indígenas, por el cual se los apartaba por un tiempo determinado de sus comunidades.

³ Los epígrafes son los siguientes: “Ángel del anta, haceme duro en el agua y en la tierra para aguantar el agua y la tierra. Ángel del tigre, haceme fuerte con la fuerza del fuerte. Ángel del suri, dejame correr y esquivar, y dame la paciencia del macho que cuida la cría. Ángel del sapo rococo, dame corazón frío. Ángel de la corzuela, traeme el miedo. Ángel del chancho, sácame el miedo. Ángel de la abeja, poneme la miel en el dedo. Ángel de la charata que no me canse de decir Señor. Díganme. Vengan aquí; prendan sus fuegos aquí, hagan sus casas aquí, en el corazón de Eisejuaz, ángeles mensajeros del Señor Ángel del tatú, para bajar al fondo, para saber, cuerda de huesos para aguantar. Ángel de la serpiente, silencio. Vengan, díganme, prendan sus fuegos, hagan sus casas, cuelguen sus hamacas en el corazón de Eisejuaz. (Sara Gallardo)” “Entonces, pensando que él se hallaba entre nosotros y nosotros padecíamos necesidades, fatigas, tropiezos y muertes por encontrarlo, se me ocurrió que era como buscar la libertad, que no está allá, sino en cada cual. (Antonio Di Benedetto)”.

privilegiada para denotar el choque de culturas y/o el clivaje de época. Formalmente, la novela está organizada en capítulos que dan entrada a una tercera persona austera, que esporádicamente se triza en primera (revelando las voces principales sobre las que se monta el texto: Juana, el forastero, la bruja o machi de la comunidad, etc.). Capítulos que también dan entrada a cartas, escritas por el comandante a cargo de una expedición militar, a partir de las cuales se revela información geográfica e histórica puntual sobre el momento en que se desarrolla la ficción: a saber, la región de las Lagunas de Guanacache en la segunda mitad del siglo XIX. Es decir, si bien se mencionan a *Zama* y *Eisejuaz* en los epígrafes, y en el texto también se intenta tramar un verosímil de lengua a partir del cual anclar la imaginaria histórica, el posicionamiento estético es distinto, ya que el avance de la ficción progresivamente va delegando, en ese registro neutro del epistolario, la resolución de la trama. Es posible conjeturar, entonces, una filiación estética más velada y que nos reenvía a un corpus de novelas escritas por mujeres en la década de 1990, ya que actualiza dos características centrales que oportunamente apuntábamos de ese corpus de “Ficciones históricas de la posmodernidad argentina” (Néspolo, 2020, pp. 45-65): la presencia de personajes protagónicos femeninos de carácter “excepcional” y la utilización explícita del género con clara intención programática. Si en los 90, el giro *kitsch* del género se multiplicaba en colecciones que habilitaban la intervención en el mercado de la cultura con el objeto de poner el foco sobre esas figuras oblicuamente olvidadas por el discurso de la historia, la novela de Araujo se encolumna ahora junto con ciertas ficciones de preocupación ambiental producidas en la última década, con proyecciones de activismo verde más o menos explícitas.

¿Por qué pensar a *La hija de la cabra*, un texto de un lirismo terso, austero y dramático, dentro del “giro ambiental o ecológico militante” reciente? Porque más allá de la reconstrucción de época a la que el lector se puede asomar a partir de puntuales referencias, un universo donde la frontera se erige en el espacio privilegiado donde el mundo civilizado entra en conexión con el mundo indígena, donde la *ley del blanco* se debilita y la marginalidad se erige junto al decir gauchesco y el canto, el drama de la desertificación –que se asume como un drama eminentemente actual– se impone junto a la intriga romántica que, más que proponer un supuesto empoderamiento femenino a partir del conocimiento de la pasión y el gobierno de las emociones (como ocurría con las ficciones históricas de los 90), tiende a postular el protagonismo de un paisaje que se abisma en los sujetos y se impone como telúrica condena.



Bordonear la guitarra, eso quisiera y con las manos en el aire rasga cuerda imaginadas y canta. Ella no resiste su canto y los brazos se atraen, otra vez las tuzas resueltas, los dos con la panza cada vez más rota y descuajeringada de hambre. (p. 47)

Prefiere salir, camina por ahí, pelea por conseguir agua. Con unas piedras afiladas logra perforar aún más la tierra y encuentra las últimas gotas. Saca una insignificancia de agua.

Agua que Juana, cuando él no la ve, vuelca en unos huevos de avestruz vacíos y los esconde.

—La tierra es escasa porque el agua es escasa —dice ella.
—La escasa sos vos, buscando la muerte.
—Quién te dijo que no quiero morir. Vos te vas a ir y yo no voy a tener refugio ante Cunampas ni vuelta al pueblo, voy a quedarme maldita y sin fuerzas para nada. Te veo la traición, blanco, andás rumiante, cabeceando y por picarte. (p. 48)

Soledad, desierto y hambruna van adelgazando el pellejo de las pasiones de los personajes para al fin decretar un único imperio: el de la necesidad:
Aprende a pescar bagres en las lagunas. Pescados de charca. Pescados duros, bigotudos, embarrados, ciegos, como él, esquivos, los ojos vidriosos, como él. No puede ni dormir ni tomar ni comer. Los pescados que saca de la laguna son una porquería para darles a los perros escuálidos que le hacen frente al hambre en el baldío asolado. (p. 19)



El avance del desierto, la sequía y la hambruna sobre este natural sistema acuífero donde se fueron replegando las comunidades indígenas que huían del dominio colonial es el gran tema articulador de la novela de Araujo. Con un pie en la novela histórica posmoderna, la representación de ese mundo indígena responde no tanto a una reconstrucción histórica acabada sino a las demandas de un presente imperioso en una zona cuyana permanentemente movilizada en defensa del derecho al agua. En una entrevista⁴ reciente, Araujo ha afirmado haber comenzado a escribir la novela mientras trabajaba como abogada ambientalista en el Departamento General de Irrigación de Mendoza, un organismo público ligado al derecho de aguas. De esa investigación, que tiene como eje el proceso de desertificación sufrido en la zona, que desencadena la absoluta desaparición de las lagunas hacia 1940, surge la representación de este mundo donde el desierto es una presencia ominosa que se impone y crece, junto al hambre y el abandono.

⁴ Entrevista personal realizada a la escritora en febrero de 2022.

Para componer una imagen acabada de la zona, vale la pena acudir a la serie gráfica y pictórica realizada por Fidel Roig Matóns, un catalán que se instala en Mendoza en 1908, y que durante los años que van de 1931 a 1940 realiza una serie sobre los laguneros de Guanacache, con clara conciencia etnográfica (con los años desarrollará una gran amistad con el erudito Salvador Canals Frau –también español afincado en Mendoza y dedicado al estudio de las comunidades indígenas argentinas–). Es decir, el rico acervo de imágenes⁵ de Roig Matóns permite observar, desde el realismo academicista que ejercía, el paisaje de las lagunas junto a ancestrales costumbres que pronto habrían de perderse. La serie, que lleva por título *Vestigios Huarpes-Huanacache*, compuesta por carbones y óleos, consta de retratos, escenas de costumbres y paisajes, a partir de los cuales podemos asomarnos a las tareas propias realizadas por los laguneros relacionadas con la cría de cabras, la hilandería, la cestería y la pesca. Muchos de los carbones y óleos de Roig Matóns están destinados a la pesca, la necesaria preparación del junquillo para elaborar las características balsas, el tendido de las redes y su recogimiento, fueron parte de las ocupaciones cotidianas. El sistema acuífero, hasta entrado el siglo XX, era rico en peces y el transporte que se utilizaba consistía en esas balsas características realizadas con totora y junquillo, de un largo aproximado a los tres metros, con la proa y la popa curvadas, donde podían viajar hasta dos personas y el bogador iba de pie en la parte posterior e impulsaba la balsa con una larga pértiga (como muestra esa imagen de Roig Matóns).



Como se observa en la serie pictórica, el paisaje es bien distinto al creado por Mercedes Araujo en *La hija de la cabra*, aunque se proponga la segunda mitad del siglo XIX como marco

⁵ Toda esta serie realizada en las lagunas bajo el título *Vestigios Huarpes-Huanacache* está compuesta por carbones y óleos. El conjunto puede dividirse en retratos, escenas de costumbres y paisajes. Son obras de un gran realismo académico, siguiendo el camino de sus maestros europeos de fines de siglo XIX. Las obras reproducidas en este artículo están recogidas en el libro *Guanacache. Fidel Roig Matóns, pintor del desierto*, publicado en 2019 (Mendoza, EDIUNC).

temporal, con las campañas militares y el avance hacia la frontera india, ya que el proceso de desecamiento se manifiesta con las características vertidas en la ficción, recién a partir de 1910. Por tanto, es posible conjeturar que la representación del desierto, en la novela de Araujo, es de carácter metatextual, es decir, es una representación de otra representación que abreva en esa “territorialidad zambiana” –que oportunamente mencionábamos como característica de ese regionalismo desregionalizado de Di Benedetto (Néspolo, 2004)–, que hace pie en un lenguaje plagado de arcaísmos y anacolutos.

En ese sentido, destacaba Juan Draghi Lucero, un gran recolector folklorista de historias, que los laguneros de Guanacache –entre los que vivió un largo período– cultivaban un habla atiborrada de arcaísmos hispánicos propios del Siglo de Oro, cuya presencia en esa comunidad de origen huarpe llega a explicarse por la cantidad de realistas que durante las guerras de Independencia allí se refugiaron (Colombres, 2002, p. 8). La primera y última novela de Draghi Lucero, escrita en los últimos años de su vida y publicada en 1978, *La cabra de plata*, justamente está dedicada a homenajear ese “viejo paraíso indio y mestizo” (1978, p. 10) reducido a un secadal impresionante donde el “viento Zonda aventa el humus que dio vida a los sembradíos de antaño”, “traslada médanos cual Simoun africano”, donde la sordidez ciudadana, “con la complicidad de los gobiernos, ha talado despiadadamente los algarrobales y chañarales”, y “la tierra despojada de su defensa arbórea milenaria, es castigada por los aguaceros y los vientos que les abren heridas que claman en el yermo” (Lucero, 1978, p. 10).

LA CABRA DE PLATA (1978),
DE JUAN DRAGHI LUCERO

“El viejo paraíso indio y mestizo fue reduciéndose a impresionante secadal, que bate y quema un sol implacable por haberle abatido el hacha sus defensas arbóreas. El arrastrado viento Zonda aventa el humus que dio vida a los sembradíos de antaño. Traslada médanos cual Simoun africano. La sordidez ciudadana, con la complicidad de los gobiernos, ha talado despiadadamente los algarrobales y chañarales y la tierra, despojada de su defensa arbórea milenaria, es castigada por los aguaceros y los vientos que les abren heridas que claman en el yermo.” (10)



En efecto, todo el territorio (más de 10.000 km²) está afectado en la actualidad por fuertes procesos de desertificación, producto de la depresión del sistema acuífero y la consecuente depresión socioeconómica, la desorganización social y el éxodo de las poblaciones hacia áreas más favorables. El paisaje actual, que se impuso en la segunda mitad del siglo XX, es bien distinto que aquel referido en los documentos de los siglos XVII y XIX, es ahora un espacio de tránsito “donde se suspendía la existencia, un territorio que se cruzaba conteniendo la respiración, aguardando llegar, maldiciendo la hora de haber partido” (Lobos, 2004, p. 5), porque el orden de lo conocido entraba en suspensión.

Ya la llegada de los conquistadores españoles trajo profundas modificaciones en la zona, principalmente en el grueso de la comunidad huarpe que, hasta entrado el siglo XVII, era destinada a Santiago de Chile o las ciudades recién fundadas (San Juan de la Frontera, Mendoza y San Luis), para trabajar en las minas o como sirvientes. Abraham y Prieto (2019) distinguen cinco períodos en el proceso de transformación de la zona de Guanacache, teniendo en cuenta la interrelación entre los componentes socio-ambientales, los cambios en el ecosistema y las respuestas adaptativas de los grupos humanos allí afincados.

1) *El largo periodo de efectividad adaptativa (hasta mediados del siglo XVI):* Comprende la etapa de ocupación indígena previa al arribo de los españoles a la región de Cuyo. Es un periodo de influencia incaica y de estabilidad del ecosistema lagunar. Se calcula que la población indígena en alrededor de 2600 habitantes, con un patrón de asentamiento disperso, además de ser ribereño y costero. Los indígenas no solo explotaban los recursos del área que habitaban, sino que, comunitariamente, utilizaban un área mayor. Investigaciones arqueológicas demuestran que el grueso de la dieta se componía de los recursos ofertados por las lagunas y los algarrobales. Es decir, el éxito adaptativo había logrado una densidad de población relativamente alta, eso fue posible a partir de los recursos pesqueros. Pesca, agricultura, cacería y recolección de frutos silvestres. Para cazar usaban arco y flecha de piedra, pequeña y triangular, conocían la cerámica, y eran diestros en el arte del tejido y la cestería.

2) *El comienzo de la desestructuración (1551-1700):* No se constatan cambios en el sistema lagunar, que continuó estable por lo menos hasta el primer cuarto de siglo XVII; sí se producen drásticos cambios desde el punto de vista social y demográfico, a partir de 1561 en que se instalan los españoles en la región cuyana y comienza el desarraigo indígena mediante el sistema de encomiendas. A raíz de la continuada extracción de mano de obra indígena, rápidamente descende la población a 800 habitantes y se espacian los asentamientos. Es en ese período donde la zona de las lagunas se vuelve refugio de los huarpes que huyen de la encomienda y de los malos tratos.

3) *La competencia por los recursos (1700-1880)*: En este periodo se sucedieron cambios en el medio natural debido a la divagación del río Mendoza, que habría iniciado su desplazamiento hacia el norte a fines del siglo XVIII. Los factores que accionan sobre la red pluvial, los procesos de expansión de los cauces, combinado con el incremento de la frecuencia de grandes crecidas del río Mendoza y las grandes lluvias, sin descontar los grandes sismos de 1772 y 1730, hizo que se produjera un incremento de oasis agrícolas en la zona y un aumento considerable de ciénagas y pantanos. La expansión campesina española, en lo que concierne a la ocupación efectiva de la tierra se inicia en 1660, con la instalación de estancias; mientras, la población de las lagunas en 1776 fue la más baja de su historia, con apenas “350 almas de todas las edades”. Con el objeto de concentrar a los dispersos habitantes de Guanacache, la Junta de Poblaciones de Santiago de Chile propicia la creación de centros urbanos en la zona de las lagunas: así nacen tres poblados, El Rosario, San Miguel y Asunción. Para aprovechar los recursos de pastos, con la cría de ganado bovino y ovino, los europeos comienzan su expansión y asentamiento en todo el sistema lagunar. Se especuló con la idea de que los indígenas se dedicaran a la siembra, por lo menos para subvenir sus propias necesidades. Sin embargo, los huarpes seleccionaron, entre la nueva tecnología y los recursos ofertados, a la ganadería; reemplazaron, además, la lana del guanaco y la llama por la de oveja para sus tejidos, y adoptaron el telar hispánico. En síntesis, en esta etapa se acentuó la declinación del modo de vida indígena:

La ampliación del nicho ecológico no significó un mayor éxito adaptativo. Por el contrario, los europeos, portadores de técnicas y especies exóticas, junto con su desconocimiento del ambiente, desencadenaron un proceso de competencia que, con el tiempo, fue determinante en la desertificación de todo el sistema. (Abraham y Prieto, 2019, p. 126)



Cartes des provinces de Cordova et San Luis (1873), de Victor Martin de Moussy

4) *La acentuación de la presión externa (1830-1910)*: La ampliación de los cultivos tanto en Mendoza como en San Juan trajo como consecuencia una mayor y más eficiente utilización de las aguas de sus ríos. Un convenio firmado con Chile en 1835 abrió la exportación a ese país de carne, harina y otros productos. Se intensificaron, entonces, en la provincia los cultivos de alfalfa para engorde, conjuntamente con la vid, que darían la tónica a la agricultura mendocina del siglo XIX. Las lagunas comenzaron a sentir los efectos de la retracción, lo que en 1789 había sido descrito como un solo lago, hacia 1873 (como demuestra este mapa de Victor Martin de Moussy de 1873)⁶ en coincidencia con un largo período de bajos caudales del río Mendoza, comienza a manifestarse una serie de reservorios de agua de extensión variable, separados por albardones y cañaverales. El número de habitantes en 1864 era de 1500 y el mestizaje ya había alcanzado altas proporciones. No obstante, la mentalidad extractiva del período se acentúa, con la destrucción total de los algarrobales de la zona. La entrada del ferrocarril (el Andino, luego Gran Oeste) es responsable de la desaparición de importantes masas forestales en el sur de la zona de Guanacache. La fecha de 1910 responde a que en ese momento la población alcanza su pico máximo desde la época indígena: 2.350 habitantes según

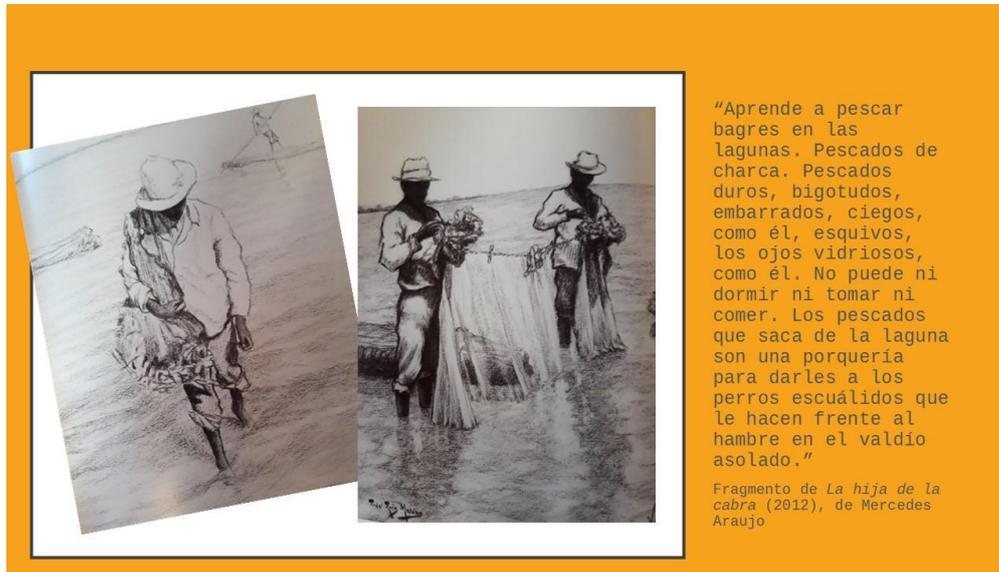
⁶ *Cartes des provinces de Cordova et San Luis* (1873), de Victor Martin de Moussy, publisher by Firmin Didot Freres. David Rumsey Historical Map Collection: <https://www.davidrumsey.com/luna/servlet/workspace/handleMediaPlayer?qvq=&trs=&mi=&lunaMediaId=RUMSEY~8~1~20540~510066>

el Registro Estadístico de Mendoza. La integración mestiza de las culturas (la indígena y la europea) que acaso podría observarse como exitosa, tiene una contracara: tanto la ganadería como el aprovechamiento forestal fueron mal llevadas, el sobrepastoreo y la exportación despiadada de los bosques desencadenaron procesos de desertificación que acompañaron la definitiva desecación lagunar.



Sistema lagunar de Guanacache en 1873.

5) *La supervivencia (1910 a la actualidad)*: El menor aporte de los ríos, así como su mayor aprovechamiento a través de un modelo agroindustrial intensivo, la ampliación de la infraestructura del riego y las obras hidráulicas, afectó los niveles freáticos en detrimento de los cuerpos de agua superficiales. A esto se sumó una tendencia negativa de las precipitaciones, y el descenso de los niveles de base del río Desaguadero: como broche, alrededor de 1939 y 1940 las lagunas se secaron definitivamente ocasionando una verdadera catástrofe faunística. El deterioro ambiental y el descenso demográfico se produjeron simultáneamente. En 1914 la población había descendido a 1990 habitantes que, al presente, se mantiene igual. En la zona, sobrevive el ganado caprino que, junto con los laguneros, ha pasado a formar parte del paisaje de la desecación.



Señalan Brand y Wissen (2021) que el desarrollo del capitalismo global y su estabilidad relativa en determinadas fases están estrechamente vinculados con el modo de vida imperial y los concomitantes beneficiarios del sistema: primero, las personas adineradas y los propietarios de los medios de producción en los centros capitalistas y, más luego, las masas asalariadas que entraron en la dinámica extractivista de los recursos, grupos más o menos grandes en los países del Sur global que abarcaban desde miembros de una pequeña élite hasta personas de las clases medias. De esta forma:

Se estructuran las relaciones sociales y las relaciones sociales con la naturaleza no solo en los centros capitalistas, sino también en las colonias o en países que producen para la vida en regiones externas bajo circunstancias particulares a nivel económico y político, así como a nivel de la organización laboral y del espacio natural. (Brand y Weis, 2021)

Las representaciones de Guanacache muestran el exacto negativo, cruelmente invisibilizado, de ese mundo regido por la depredación colonial: rescoldo de un paraíso extinguido. La desertificación cuyana evidencia que son las relaciones sociales y con la naturaleza las que hacen posible *el modo* de vida cotidiana en los centros capitalistas, a través del acceso prácticamente ilimitado a la fuerza laboral, los recursos naturales y los sumideros, es decir, aquellos ecosistemas que reciben, a nivel global, más de cierta sustancia de lo que producen (por ejemplo, las selvas tropicales y los océanos en el caso del CO₂). Así, el modo de vida imperial en el Norte global tiene una fuerte influencia de carácter jerárquico sobre la estructura de las sociedades en otros lugares, e impacta en el modo en que se relacionan con la

naturaleza, para garantizar la transferencia de bienes y recursos al norte. Por ejemplo, la procedencia de la materia prima que se utiliza para producir electrodomésticos, aparatos médicos o la infraestructura del transporte, así como el suministro de agua y energía, las condiciones laborales en las cuales se extrae la materia prima o se producen textiles y alimentos, así como la energía necesaria para ello:

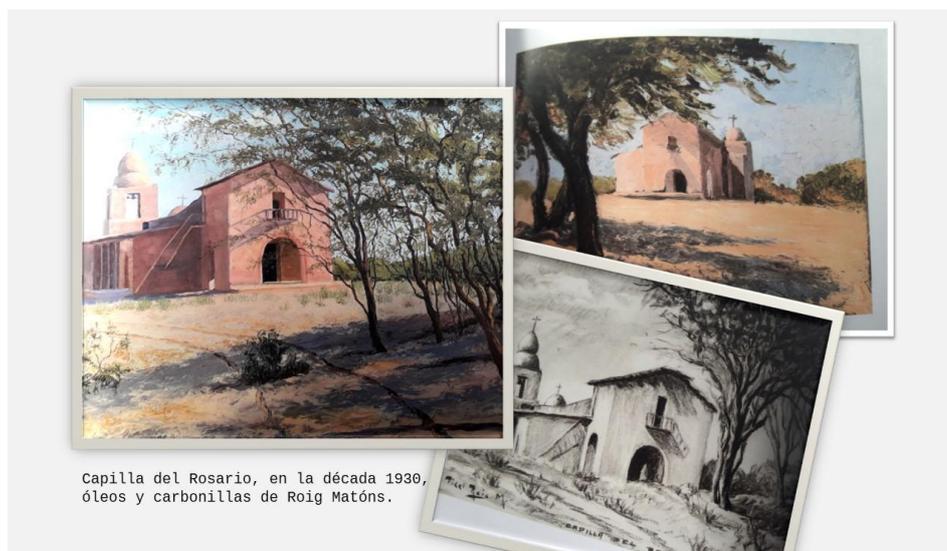
No están visibles a la hora de comprar, consumir y utilizar productos de uso cotidiano, incluyendo productos culturales, por ejemplo, los medios impresos y digitales. Es esta invisibilidad de las condiciones sociales y ecológicas la que causa la sensación de normalidad cuando compramos y consumimos productos. (2021, p. 73)

Al igual que otros escritores contemporáneos, como Alberto Rodríguez (*Matar la tierra*, 1952 y *Donde haya Dios*, 1955) y Juan Draghi Lucero (*La cabra de plata*, 1978), Antonio Di Benedetto no fue inmune a la problemática de la desertificación que atravesaba la región cuyana; puntualmente es en la novela *Sombras nada más...* (1986), donde se detiene en la historia de la maestra que dedica innumerables esfuerzos para llamar la atención de la sociedad sobre la dura existencia a la que se condenaba a los habitantes de las lagunas de Guanacache: miseria, sequía, olvido y pobreza. Incluso es posible afirmar, siguiendo los aportes de recientes investigaciones (Criach 2019; Varela 2007), que esta zona es el paisaje trágico y referencial donde se desarrollan los cuentos “Aballay”, “Pez” y “Caballo en el salitral”.

Como se recordará, el desierto de “Aballay” alude a una tradición judeocristiana de alto espesor simbólico, en donde el ser humano se halla confrontado con su propio desamparo, su soledad y vulnerabilidad. El cuento recupera las figuras de Simón el Mayor y el Menor, estilistas entregados a la oración en medio de un escenario imposible. Marcelo Cohen, en su lectura sobre el cuento, recupera la película de Luis Buñuel, *Simón del desierto* (1965), que un cinéfilo como Di Benedetto seguramente no se perdió.

Ciertos místicos, Bataille, entre ellos, recuerdan que la comunicación verdadera, entregada, se da de la herida que uno reconoce en sí mismo a la que ve en el otro. Aballay hiere al vengador en la boca, y rompe su penitencia por compasión. (Cohen, 2008, p. 146)

Pese a la mención de la capilla del Rosario, ícono de la zona de Guanacache, apenas comenzado el cuento, el procedimiento de Di Benedetto tiende a desregionalizar la zona a partir de un tratamiento lexical y literario que universaliza el drama, como si con este tratamiento estético estuviera clamando por la necesidad de observar *otro* modo de vida, ajeno a la tiranía impiadosa del Capital, ese que se erige como único dios y torna invivible este mundo nuestro.



Bibliografía

- Araujo, M. (2012). *La hija de la cabra*. Buenos Aires: Bajo la luna.
- Brand, U. y Wissen, M. (2021). *Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo*. Buenos Aires: Tinta limón.
- Brand, U. y Dietz, K. (2014). (Neo-)Extraktivismus als Entwicklungsoption? Zu den aktuellen Dynamiken und Widersprüchen rohstoffbasierter Entwicklung in Lateinamerika [¿(Neo)extractivismo como opción de desarrollo? Sobre las dinámicas contradicciones actuales del desarrollo basado en las materias primas en Latinoamérica]. En *Politische Vierteljahresschrift*, 48, 128-165. Recuperado de doi.org/10.5771/9783845250298_133
- Cohen, M. (2008). El mediador. En *Zama*, 1(1),137-146.
- Colombres, A. (2002). Prólogo. En Draghi Lucero, Juan. *Las mil y una noches argentinas* (pp.7-12). Buenos Aires: Colihue.
- Criach, S. (2019). Existencia, nada y absurdo en la narrativa de Antonio Di Benedetto. (Tesis de doctorado). Mendoza: Universidad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Cuyo. Mimeo.
- Di Benedetto, A. (2009). *Cuentos completos*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Draghi Lucero, J. (1978). *La cabra de plata*. San Antonio de Padua: Ediciones Castañeda.
- Frank, A. G. (1970). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Néspolo, J. (2004). *Ejercicios de pudor. Sujeto y escritura en la narrativa de Antonio Di Benedetto*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Néspolo, J. (2014). *Tracción a sangre. Ensayos sobre lectura y escritura*. Buenos Aires: Katatay.

- Néspolo, J. (2018). Narrativas históricas de la posmodernidad argentina. En *Historia crítica de la literatura argentina* (pp. 265-285). Tomo 12, Buenos Aires: Emecé.
- Néspolo, J. (2020). *Imperio Kitsch. Ornamento y cultura en el cambio de milenio*. Buenos Aires: Katatay.
- Rodríguez, A. (1955). *Donde haya Dios*. Mendoza: D'Accurzio.
- Rodríguez, A. (1952). *Matar la tierra*. Mendoza: Voces.
- Varela, F. I. (2016). La historia de los sin historia: resignificaciones del pasado en la obra de Antonio Di Benedetto. *Landa*, 5 (1), Santa Catarina, 180-99. Recuperado de <https://repositorio.ufsc.br/xmlui/handle/123456789/177490>
- Lobos, N. (2004) Para pensar la identidad cultural en el desierto de Lavalle. *Confluencia*. 1(4), 1-19. Recuperado de <https://bdigital.uncu.edu.ar/338>
- Prieto M, y Abraham, E. M. (2019). Guanacache, la travesía de los profundos cambios. En: *Guanacache. Fidel Roig Matóns, pintor del desierto* (pp. 119-135). Mendoza: EDIUNC.

Fecha de recepción: 30 de abril de 2022

Fecha de aceptación: 16 de junio de 2022

 Licencia  Atribución
– No Comercial – Compartir Igual
(*by-nc-sa*); No se permite un uso
comercial de la obra original ni de
las posibles obras derivadas, la
distribución de las cuales se debe
hacer con una licencia igual a la
que regula la obra original. Esta
licencia no es una licencia libre.

